

Fernando Parra Nogueras

El antropoide

Candaya Narrativa, 71

Una novela sobre la identidad y los deseos más ocultos, sobre el conflicto entre lo que somos, lo que queremos ser y lo que los demás esperan de nosotros.

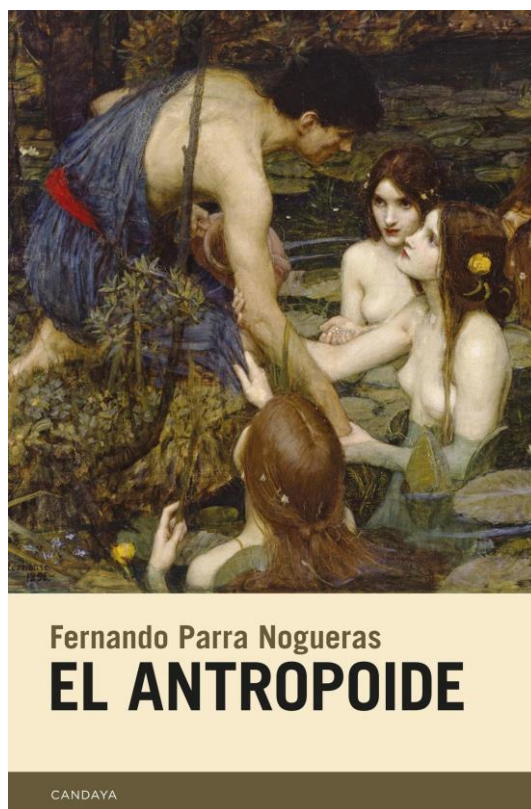
Primera edición: enero 2021

Diseño de la colección: Francesc Fernández
Imagen de la cubierta: “Hylas y las ninfas”
de John William Waterhouse

ISBN: 978-84-18504-23-5

21x14 cm; 288 págs.

PVP: 17€



SINOPSIS: EL ANTROPOIDE

Eduardo, hijo de un poderoso editor, es apartado del negocio familiar a causa de un oscuro *affaire*. Desterrado a una ciudad de provincias, lo acogerá su tío, director de un periódico local, donde desempeñará primero la labor de corrector de ortografía y estilo, y después la gestión de los anuncios clasificados. Repudiado por sus nuevos compañeros de trabajo y humillado por su insignificante labor en la redacción, Eduardo experimenta algo muy cercano al hundimiento, del que solo la literatura y el amor podrán rescatarlo.

El antropoide, en el fondo una reflexión sobre la identidad y los deseos inconfesables que ocultamos, confronta al lector con su animalidad y sus instintos más primitivos. ¿Qué sucede cuando el cuerpo, la enfermedad, la vejez, todo aquello que tratamos de no ver para proteger nuestra vida civilizada, se nos muestra sin filtros?

Con una prosa osada y muy singular, en la que el lenguaje se mimetiza asombrosamente con el personaje, Fernando Parra trata de sumergirnos en los abismos y contradicciones de la naturaleza humana: el proceso a través del cual intentamos a toda costa, domesticar nuestro antropoide.

EL AUTOR: **FERNANDO PARRA NOGUERAS**



Fernando Parra Nogueras (Tarragona, 1978) es escritor, crítico literario y profesor de Lengua y Literatura.

Desde hace una década mantiene una columna semanal de crítica y reflexión literarias en el *Diari de Tarragona*, titulada “El cura y el barbero” que, junto a otras colaboraciones en prensa, recoge en su blog *Cesó todo y dejeme*. Algunos de sus artículos han sido finalistas del prestigioso Premio de Periodismo Literario Francisco Valdés y pronto verán la luz en una antología titulada *Acogerse a sagrado. La literatura como salvación*.

Su primera novela, *Persianas* (2019), quedó finalista del Premio Azorín y fue cálidamente acogida por los lectores y la crítica. *El antropoide* es su segunda novela.

LO QUE LA CRÍTICA HA DICHO SE OBRA ANTERIOR

“*Persianas* es una novela magnífica” **Luis Landero**.

“La narración al completo rebosa lirismo y estampas poéticas eludiendo así el realismo prosaico, rudo y chusco tan *a la page*. Una narración que desprende inmensa ternura y que está repleta de hallazgos sugestivos.” **Vicente Valero**

“*Persianas* es la carta de presentación de un buen narrador y futuro gran novelista, un libro para mayores y adolescentes que sepan degustar la belleza de la lengua española en una época en la que con frecuencia se premia el oportunismo, la ramplonería y el halago fácil.” **Concha D’Olhaberriague, *El Imparcial***.

“Una ejecución rigurosa y muy reflexionada de la estructura formal de la narración, que su autor ha sabido manejar con acierto e inteligencia, y que afianza la novela desde sus primeras páginas. (...) Fernando Parra, con todo, ya es un novelista a tener en cuenta en el panorama actual de la narrativa española.” **José Antonio Santano, *República de las Letras***.

“Decía Valente que ‘solo se llega a ser escritor cuando se mantiene una relación carnal con las palabras’, y esta es otra característica que constituye la espina dorsal de la prosa de Fernando Parra, en la que vemos rasgos descriptivos de Azorín o Miró morosamente repujados, una complacencia verbal casi barroca, ironía cervantina y regodeo en las palabras y las metáforas, paladeadas, masticadas, sinuosas como serpientes cuyo ondular le va dando forma al relato, que arrastra literatura a manos llenas.” **Pilar Blanco**

“La lectura de la novela traslada una impresión de vivacidad con la que es muy fácil congeniar porque nos vemos representados en las vivencias del personaje principal. Esta empatía lectora es posible gracias a la presencia detallista de los objetos elementales, algunos ya periclitados en su uso y que la narración nos ha refrescado, cuya descripción se realiza mediante un lenguaje repleto de matices y una selección adecuada de los adjetivos, empresa nada fácil de administrar en una narración.” **Blog *Me sé Cosicas***.

“Fernando Parra homenajea a todos esos niños y a los héroes televisivos que nos embobaban. Como Marsé utiliza un lenguaje muy acorde a la historia, no se pierde en florituras, narra de una manera magistral, llevando al lector por donde quiere. Es una delicia encontrar literatura que no se pierde en lo banal y nos muestra lo que vemos y lo que no vemos (...) Fernando Parra tiene la maestría del narrador clásico.” **Eduardo Boix, *Revista 17 Musas***.

“A pesar de su bien provista mochila de filólogo y lector empedernido de los clásicos, no escribe Fernando Parra para la Academia, sino para el pueblo, para la tierra o para el arrabal convertido en pueblo.” **José Biedma López, *Signamento***.

“Porque esta é, antes de nada, a narración dun tempo ido, o da infancia e o seu paraíso que esvaeceu, un territorio da memoria gobernado polo “imperio da fantasía” do que se teñen dolorosas saudades, pois os ritos de paso conducen a Rodrigo ás portas doutro tempo de vida que deixa atrás, definitivamente, esas landas da nenez para debrocalo no abismal gume de Eros e Tánatos. Escrita cunha prosa que fulgura arborada, festival de imaxes cabalgando as liñas” **Armando Requeixo, *Ideal Gallego y Diario de Ferrol***

POR QUÉ LECTORES Y LIBREROS DEBEN APOSTAR POR *EL ANTROPOIDE*

1. Fernando Parra Noguerras debutó en 2019 con *Persianas*, finalista del premio Azorín en 2017, libro avalado, entre otros, por los prestigiosos escritores Luis Landero y Vicente Valero. Desde hace once años escribe una columna semanal de crítica de libros en *El diari de Tarragona*, que le ha reportado mucho prestigio entre la comunidad literaria. *El antropoide*, su segunda novela apela a la idea del *Doppelgänger* («el que camina al lado», el doble) para hablarnos de aquello que nos condena, nos redime y finalmente nos une.

2. *El antropoide* plantea el conflicto de la identidad. ¿Quiénes somos realmente? ¿Qué deseos inconcesables ocultamos? ¿Qué ocurre si esa otra realidad oculta, que también nos define, aflora incontenible y choca con la moral social y sus arbitrariedades “higiénicas”? ¿Rebelarse ante esas normas nos permite imponer la propia identidad o es una forma velada de otro tipo de sometimiento? *El antropoide* es el relato de una lucha interna entre lo que somos, lo que queremos ser y lo que los demás esperan de nosotros. En un viaje que atraviesa las contradicciones de la identidad, el protagonista de esta novela se pierde a sí mismo, comete todos los excesos, rebasa todas las fronteras impuestas y, después de una breve epifanía, vuelve a caer. Pero el misterio de este libro no termina aquí. Un juego de espejos nos enfrenta, hacia el final, con otro reflejo: el del amor que sobrevive al cuerpo.

3. El viaje hacia la carne, hacia el yo oculto, hacia esa identidad animal que la sociedad nos exige esconder para sobrevivir entre las convenciones, es el eje primordial de *El antropoide*. Su protagonista es una alegoría de la animalidad que también somos, de los instintos más primitivos que, solo superficialmente adormecidos, habitan en nosotros. En ese sentido, *El antropoide* es una deconstrucción de la naturaleza humana hasta dejarla reducida a carne, células, fluidos, humores, deterioro, enfermedad o putrefacción. Sin embargo, con el avance de la historia descubriremos también la fortaleza de ciertas relaciones que nos restauran: esos vínculos que, aun en la dureza de la soledad o de la enfermedad, nos recuerdan que lo que hace habitable el mundo no es la norma o la ley, sino el cuidado de los otros.

4. *El antropoide* es también una novela sobre la culpa, una culpa inoculada por la sociedad que se erige en la vigía del comportamiento y que, desde una moral impuesta, juzga, etiqueta y a veces disfruta de la caída de los demás. Pero es esa misma sociedad que sanciona los comportamientos que juzga inapropiados la que luego incurre, en secreto, en las mismas fallas que condena. En ese sentido, *El antropoide* es una denuncia a la doble moral de parte de la sociedad biempensante.

5. Vinculado al tema de la culpa, Eduardo, el protagonista de *El antropoide* es el reverso de las heroínas clásicas decimonónicas, aquellas que tuvieron que asumir sus adulterios en una sociedad pacata y censora. Al autor le ha interesado explorar que ahora sea un hombre y no una mujer quien experimente la culpa. Aunque el desenfreno sexual del protagonista podría

emparentarlo con un Tenorio del siglo XXI, Eduardo siente dolor tras cada una de sus conquistas. Solo el amor como redención lo emparenta con el arquetipo de Don Juan.

6. Por las páginas de *El antropoide* se desliza un erotismo cruel y perverso. En ningún caso se trata de un erotismo placentero, sino de un erotismo tóxico, dañino, displicente, incómodo, obsesivo, que esclaviza al personaje principal, quien lo vive con hiriente intensidad, con un lirismo cruel y como un destino contra el que debe luchar constantemente.

7. Con una agilidad casi cinematográfica, a la vez que llena de reflexión y de una intensa voluntad de estilo (semejante a la de libros como *El pasado*, de Alan Pauls, o *El lamento de Portnoy*, de Philip Roth), *El antropoide* atrapa al lector desde la primera página con un despliegue de humor, crítica y rabia contenida que va liberándose a cada paso mostrándonos como el aparente orden queda subvertido por el deseo y sus contradicciones.

8. En *El antropoide*, el lenguaje es uno de los protagonistas: Eduardo, el personaje principal, se desdobra en un peculiar y erudito discurso que se convierte en un homenaje íntimo (tanto del personaje como del propio autor) a sus autores más queridos: desde el Stevenson de *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde*, hasta Cervantes, Flaubert, Shakespeare, Camus, la poesía clásica y la mitología. La literatura es, con el amor, otra de las tablas de salvación del protagonista (y por extensión del lector).

9. Entre los elogios que la escritura de Fernando Parra Nogueras ha suscitado, tanto en su columna periodística como en su obra literaria, destaca la pulcritud de su prosa, su exigente relación con las palabras, su trato reverencial al idioma. Su escritura, casi un ejercicio de orfebrería, es precisa, evocadora, elegante, llena de belleza y hallazgos poéticos

FRAGMENTO DE *EL ANTROPOIDE*

6. ANUNCIOS CLASIFICADOS

Eduardo era consciente de que estaba siendo el centro de atención en la redacción del periódico. El silencio repentino al llegar a su escritorio, los cuchicheos velados y algunas risas mal disimuladas se lo confirmaban. Por eso no se atrevía aún a levantar la mirada de aquellos papeles ultrajantes que cubrían su mesa de trabajo. Sabía que, si lo hacía, se toparía con las miradas huidizas de sus compañeros, tamizadas por un cedazo burlesco. Solo cuando irrumpió a lo lejos la voz de Cruceiro dando indicaciones a algún redactor y lo supo luego en su perenne posición sedente, agarró con rabia contenida los papeles, se dirigió con temperamento al puesto de Cruceiro y los estampó sonoramente y arrugados sobre la mesa del jefe de redacción.

—Qué coño es esto —le espetó sin más preámbulos.

José Cruceiro, cachazudo, emitió un resoplido de fatiga y luego, con la misma parsimonia, levantó la mirada hacia el recién llegado.

—Lo primero, dirígete a mí con más respeto, que para eso soy el jefe de redacción. Y baja la voz. ¿Estamos? Esto no ha sido idea mía, sino de tu señor tío. Pídele cuentas a él. Como nadie te daba trabajo, corregirás los anuncios clasificados; esas son las indicaciones. Al fin y al cabo, también aparecen en nuestras páginas, y hasta en eso conviene ser pulcros.

Seguro que estás entretenido. Los anunciantes no se cuidan mucho de esmerarse con la ortografía.

—¿Pulcritud? —gritó Eduardo. Miró a su alrededor sabedor de la expectación que estaba creando y, a continuación, bajó el volumen en un susurro irritado—. ¿Pulcritud? ¿En los anuncios de putas? ¿Me estás hablando en serio? Vamos a ver... —y Eduardo cogió los papeles y se puso a buscar con avidez entre los anuncios de contactos—. Este, por ejemplo: Me llamo Bianka y te espero recién duchadita en mi piso privado para que me comas todo lo que quieras. Disfrutaremos con griego profundo, francés hasta el final tragado, lluvia dorada, lésbicos y tríos. —Eduardo había vuelto a subir la voz—. ¿Qué hostias corrijo de esto, Cruceiro? Pongo, tal vez: Bianka, higiénica, políglota y poeta, te espera en su piso privado para compartir contigo o con otras personas una buena cena. —Eduardo lo había soltado del tirón—. O este otro, espera...

—Eduardo, ya está bien, no hace falta que...

—No, no —interrumpió Eduardo—; este otro, mira —y puso el dedo índice sobre un nuevo anuncio antes de leer, ya sin remilgos en su volumen—: Hola, mis amores, soy Francesca, te recibo en lencería y tacones, practico diferentes posturas, aunque mi preferida es el 69, admito anal y garganta profunda, tengo docenas de juguetes, entre ellos el arnés, y podemos hacer fiesta blanca. ¿Qué te parece este, Cruceiro? Podríamos decir... yo qué sé: Francesca, acalorada seguidora del Real Madrid, aficionada a la aritmética y al montañismo, te invita a jugar al Tragabolas. ¿Te parece lo suficientemente pulcro, Cruceiro? O este otro... —¿Que pares ya, cojones! —concluyó Tatanka Iyotanka, como si se le hubiera despertado, de pronto, el espíritu autoritario de jefe *sioux*.

–No pienso hacer esta mierda, tenlo claro.

–Y yo te repito que lo hables con tu tío. Además, no todos los anuncios son de contactos eróticos.

–De putas, Cruceiro, de putas.

–Pues de putas, me da igual como quieras llamarlos. Pero los hay también de ofertas y demandas de empleo, de ventas, de servicios... Habla con tu tío –se interrumpió Cruceiro al notar la mirada colérica de Eduardo.

–Por supuesto.

Y sin decir más, abandonando con desprecio los papeles sobre la mesa de Cruceiro, se dirigió con paso airado hacia las escaleras que llevaban al despacho de don Julián, a pesar de que existía en la planta un ascensor que conducía al piso de arriba. Sus zancadas expeditivas levantaban a su camino, entre las mesas de los compañeros, una corriente que dejaba, junto al olor dulzón de su colonia, la exhalación de su enojo para chanza de los redactores. Subió las escaleras metálicas de caracol, impulsándose en cada recodo sobre la baranda para ganar empuje en su furiosa carrera. Cuando accedió al piso superior, se encontró de frente, al fondo del pequeño vestíbulo y a la izquierda de la puerta del despacho de don Julián, a una muchacha joven sentada a su mesa que se lo quedó mirando con una sonrisa de cortesía. Parecía hacer las veces de secretaria, pero Eduardo no recordaba haberla visto el día de la primera entrevista con su tío. Eduardo avanzó con el brío repentinamente menguado y, haciendo un esfuerzo por corregir su estado de alteración, caminó hasta la altura de la mesa. La muchacha, sin perder nunca la sonrisa, asintió interrogante con un leve movimiento de cabeza.

–Quisiera ver a mi... al señor director.

–Don Julián no está hoy en su despacho. –La voz de la joven logró, todavía más, apaciguar el ímpetu de Eduardo, del que solo restaba ya un ligero jadeo. Eduardo pensó que no había escuchado jamás en su vida un timbre tan perfecto, tan armónico, tan sereno y primaveral como el de aquella voz. Luego supo que quizá exageraba—. Se halla en un ciclo de conferencias en Madrid, invitado por el Consorcio Nacional de Periodistas. Llevo varias semanas ayudándolo a preparar su ponencia.

A Eduardo no le pasó desapercibido la distinción en el uso del verbo «se halla». Deformación profesional de su cargo como corrector de ortografía y estilo.

–Y, ¿cuándo estará de vuelta?

–A ver. Déjeme mirar...

La chica extrajo de un cajón un cuaderno que debía de usar como agenda y empezó a buscar entre sus páginas. Durante sus pesquisas, Eduardo miraba con discreción a la secretaria y su espacio de trabajo. Su pelo castaño, muy largo, estaba recogido en la parte derecha y le caía como una cascada de tierra labrantía sobre esa parte del cuello, ocultando uno de los senos. No era ni rizado ni liso, sino caprichosamente undoso. Su tez era clara, sin llegar a pálida, y sus ojos castaños estaban custodiados por unas luengas pestañas que acentuaban su holgada gracilidad en la posición que ahora ocupaban. La nariz era graciosa y pequeña, y de la única oreja que quedaba a la vista, fina y proporcionada, pendían unos

zarcillos de ámbar. Los labios eran grosezuelos y, según el criterio de Eduardo, en exceso pintados de rojo. El cuello, delicado y femenino, flanqueado por un escote Peter Pan negro, apenas deslucía su esbeltez en el escorzo que la búsqueda en la agenda le obligaba a adoptar. Vestía una blusa blanca, calada con motivos florales, a través de cuya urdimbre se adivinaba una camiseta interior blanca de tirantes que apenas dibujaba su pecho. ¿Cómo serían sus piernas? La mesa de trabajo parecía un remedo de toda ella. Madera ligeramente cobriza, montoncitos de papeles agrupados con rigor, unas margaritas níveas sobre un vaso adornado con una tela tramada, también blanca, y un perfume primoroso y cautivador que lo inundaba todo, como a jazmín. Todo allí parecía un ara primaveral de paz y pureza donde reinaba inocente aquella diosa nutricia o vestal intocable, reducida al servilismo burocrático de un dietario. En un extremo de la mesa le sorprendió a Eduardo la presencia de un libro abierto, volcado sobre sus páginas, cuyas cubiertas delataban el título. Se trataba de *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, y el tejuelo con la signatura correspondiente pegado al lomo revelaba que había sido extraído de la biblioteca municipal. La posición del libro daba a entender que la secretaria había interrumpido su lectura cuando él apareció en la escalera y que esperaba retomararlo después.

–Volverá el miércoles. ¿Quiere que le deje algún recado?

–No –respondió aturdido Eduardo, que aún se estaba recobrando de su recién estrenada unción en aquel templo–. Deseo hablar en persona con él. Buenos días.

–Como quiera. Buenos días. –Y cerró la conversación con una sonrisa que lo iluminaba todo.

Al dirigirse hacia el ascensor, Eduardo se giró un momento. Pero no. La mesa estaba protegida por una plancha que evitaba ver las piernas de quien tan hermosamente la ocupaba. Lástima. La secretaria retomaba el libro. Eduardo sintió una punzada en su amor propio al certificar que la chica no levantaría la cabeza de la novela para mirarlo, aunque solo fuera por mera curiosidad. Él, un simple mortal ante la indiferencia de la deidad.